

EL CONGRESO DE WIESBADEN POR LA UNION POLITICA EUROPEA

(Del 7 al 9 de enero de 1959)

El comienzo del año 1959 significa para Europa un paso adelante en el penoso camino de la integración. La puesta en vigor del comercio libre en el territorio de los Seis, funda una legítima esperanza de la Unión Económica Europea.

Pero las aspiraciones integracionistas de Europa no encuentran su límite en el marco de lo económico. La acariciada idea de los Estados Unidos de Europa sueña con hacer factible esa integración en el campo de lo político.

Más de quinientos delegados de distintos países de Europa, entre ellos, numerosas personalidades de la vida política internacional, han tomado parte en la Asamblea de los Federalistas Europeos.

A pesar del carácter no oficial del Congreso, no creeríamos exagerar, si calificamos sus trabajos y sesiones, como una aportación valiosa al desarrollo de la Unión Política proyectada. Puede ser que a lo largo de la Historia, la Unión Política de la Vieja Europa se considere justamente deudora a los esfuerzos que en enero del 1959 se han hecho en Wiesbaden.

Una de las características que atraen la atención del observador del Congreso, ha sido sin duda la nota de sinceridad, y el espíritu de colaboración que han flotado en la atmósfera de los federalistas reunidos.

Como prueba de la sinceridad mencionada, se puede aducir, el análisis real de los acontecimientos que nos está tocando vivir. Voces autorizadas del Congreso, como un Oppenheimer, presidente del Movimiento Europeo en Alemania, o el mismo Dehousse, presidente del Consejo de Europa, no han reparado en declarar abiertamente que la situación actual ofrece peores perspectivas que en años anteriores.

Con la misma abierta sinceridad se han imputado cargos a Inglaterra o se ha elogiado la postura de Francia cuando lo pidieron las circunstancias.

Aún queda mucho camino por recorrer. Es preciso limar las asperezas que imponen los espíritus nacionalistas. Aún no se ha llegado a esa situación ideal en que las aspiraciones particulares de un Estado, sienten necesidad de confrontar los intereses del vecino antes de decidirse a una solución propia.

* * *

El blanco de discordia inicial para los congresistas, lo constituía sin duda, Inglaterra. Los últimos acontecimientos daban pretexto a ello. El intento de integración económica ha tropezado con serios obstáculos británicos. Los representantes ingleses tenían que salir al paso de estos cargos.

El antiguo premier británico, Mr. Attlee, dirigió frases de encomio a los forjadores de la Unión Política Europea. Este problema —manifestó el famoso político— está en proporción directa al grado de desasimilamiento de las antiguas ideas de soberanía absoluta individual.

Las naciones de la vieja Europa, han regido los destinos del Mundo en épocas anteriores de nuestra Historia, pero esos tiempos han cedido su paso a otros nuevos. Hoy se imponen nuevos derroteros al servicio de la humanidad. Nuestras fronteras actuales tienen sus límites en el contorno periférico del mundo.

Las palabras del antiguo premier no se habían hecho eco de la atmósfera adversa que existía hacia su propio país. El papel de la defensa correspondió por eso al delegado británico, Mr. Rippon, miembro del Ministerio de Defensa inglés, que salió al paso de las acusaciones dirigidas contra Inglaterra.

La posición peculiar del Reino Unido en el mundo, su participación en todas las organizaciones internacionales de carácter militar defensivo, y los compromisos contraídos con numerosos otros Estados, imponen a Inglaterra una postura especial. No es justo mirar a Inglaterra con desconfianza, y se han de estimar los esfuerzos que ella pone en práctica por la causa común de los pueblos. El Gobierno británico ha demostrado su buena voluntad de colaboración en las Conferencias de Ministros de Asuntos Exteriores celebradas a lo largo de estos últimos años. Su interés por los problemas de los países en desarrollo, quedan patentes, con la inversión anual de doscientos millones de libras.

Si Inglaterra procede lentamente en su adaptación a los deseos integracionistas del resto de los países de Europa, ello se ha de atribuir a su manera especial y clásica de proceder. Inglaterra, no suele volver atrás después de haber dado un paso adelante. El éxito de la unidad pretendida no puede ser fundado solamente en la existencia de una Carta o de una Constitución escrita.

Sin entrar a emitir un juicio sobre el valor que estas explicaciones del delegado británico hayan podido merecer a los congresistas, no cabe duda, que ellas quedan aminoradas con la intervención del representante del partido laborista inglés.

Mr. Jenkins dirigió su breve discurso a sus compatriotas ingleses. Les agradeció su presencia en Wiesbaden, y les exhortó a hacerse solidarios de la atmósfera de integración en que se veían envueltos. El juicio que al político laborista merecía la conducta del Gobierno británico, ha sido una auténtica crítica. La estrechez de miras y la conducta de Inglaterra frente a Europa se ha concentrado estos últimos años casi exclusivamente en el aspecto económico. Todos sus debates han girado en torno a la conveniencia o el per-

juicio que pudiera representar para ella la disyuntiva Zona Libre-Comercio Libre.

Así es necesario —concluyó Jenkins— que volváis a Inglaterra con el firme propósito de crear una opinión pública favorable a estos buenos deseos integracionistas que son invocados en esta Asamblea.

* * *

La idea de la integración política de Europa, tema de este Congreso, ha tenido forzosamente un constante punto de referencia: la Unidad Económica puesta en marcha con el Mercado Libre.

Opinión unánime de todos los oradores, ha sido, que esa unión no podía constituir una meta definitiva. Más allá de lo económico, y decisivo para el porvenir de Europa, había que señalar hacia lo político.

El experimento puesto en marcha y la penosa génesis que lo produjo, ofrecieron a los observadores una plataforma ideal para poder encauzar los proyectos de los futuros Estados Unidos de Europa. El fruto de la experiencia, y las dificultades que el nuevo proceso pueden traer consigo, constituyen una valiosa ayuda a los artífices del nuevo movimiento.

Una de las más destacadas y valiosas aportaciones que nos ha dejado el Congreso de Wiesbaden, ha sido, a nuestro parecer, la acertada intervención del presidente de la Comisión Económica Europea profesor Halstein.

Su tema es interesante pues con él pretende demostrar que en el fondo de la unidad económica lograda con el Mercado Común, existe una unidad política. Esta política ha de ser entendida, no obstante, en un sentido más amplio que el que le corresponde hacerlo cuando se le emplea para calificar la organización estructural de un Estado.

La Comunidad Económica Europea, merece a juicio de Halstein el nombre de política por el carácter que tiene, su origen, sus Instituciones, la dinámica que le anima y los efectos que de ella han de seguirse.

El origen de la Unión Económica Europea estuvo muy lejos de ser el interés utilitarista que se le ofrece al observador superficial de los hechos.

Un análisis de la situación real económica de Europa y América, condujo en realidad a desarrollar una política económica que tuvo por término la Organización que hoy tenemos.

La proporción que correspondía a Europa en el total de la producción mundial según las Estadísticas del año 1956 arroja un balance favorable para América. El descenso que ha venido operándose en perjuicio de Europa desde 1913, se cifra exactamente en nuestros días en una disminución del 54 por 100 al 27 por 100.

Sesenta millones de americanos llegaron a producir el año 1955 un total bruto de 380 mil millones de dólares, al paso que en Europa setenta millones de trabajadores de los seis países que forman hoy el Mercado Común, alcanzaban un total de 140 mil millones de dólares.

Los índices del salario real horario de un trabajador americano y un francés estaba equiparado en 1913 (3,3 kgs. de pan) mientras que en 1954 el francés se mantenía en el mismo estado de capacidad adquisitiva, y el americano, alcanzaba un salario real por hora de 18 kgs.

A estos datos hay que añadir la inferioridad en la industria de fabricación de maquinaria y la notable desventaja actual en el estado de la industria atómica.

Todos estos hechos condujeron a la búsqueda afanosa de la causa que pudiera originarles.

Quedaba el recurso de encontrar ese origen en la esfera de la inferioridad de inteligencia, o en la menor laboriosidad o capacidad de ahorro de los europeos. La explicación, además de desventajosa para los europeos, resultaría totalmente en desacuerdo con los hechos de la realidad.

Una recta política económica encontró la solución en la falta de un fuerte comercio interior en Europa frente a la ventajosa situación que disfrutaban en sus países respectivos América y Rusia.

Esto explica que los esfuerzos de Europa por crear esa plaza comercial dentro del amplio marco de sus fronteras continentales debiera su origen a un motivo político.

Todo lo demás que se ha seguido: la organización de las instituciones que le han dado cuerpo, y la dinámica que ha tenido que desarrollar hacia dentro y hacia fuera, llevan en su seno el sello de lo político.

Las cláusulas estructurales que legitimaban las situación de hecho de la Comunidad Económica, no bastaban para asegurar su pervivencia.

El fuerte influjo que los regímenes políticos han ejercido los últimos decenios en el campo de la política fiscal y monetaria de sus países respectivos, aconsejaban la creación de órganos comunes que gozasen de autonomía, y que pudieran ofrecer una barrera a las aspiraciones egoístas de los Estados.

La unión económica actual no pudo eliminar lo bueno que los respectivos países asociados tenían. Por eso resultaba oportuno formar una Unión Federal con un Poder Ejecutivo organizado, un Parlamento y un Alto Tribunal, al estilo de los que suelen existir en la organización política de un Estado.

Los hechos psicológicos que dieron origen a esta nueva Entidad —«la conciencia de espacio», y el debilitamiento del Espíritu nacionalista de los Estados—, habían sido políticos.

La consecuencia psicológica que se espera de la Unión lograda, es asimismo política, pues con ella se espera persuadir a los países europeos de que hoy es posible llegar a una Unión que hace algunos años no hubiera podido pasar de un mero sueño irrealizable.

* * *

El resultado de las sesiones de Wiesbaden por la unidad política europea, se refleja en el texto de las Conclusiones del Congreso, que dice así:

«La defensa de la Libertad y el Progreso Económico y social, reclaman hoy más que nunca la Unidad de Europa. La realización de esta meta pide un acuerdo en los siguientes puntos:

—Reunión de las diversas Corporaciones europeas que están en marcha actualmente. El Organismo común tendrá autonomía financiera.

—El Consejo de Europa y la OEEC deben ser también fusionadas, para que el control parlamentario se extienda a las diversas organizaciones técnicas. Esto traerá consigo la necesidad de entablar acuerdos con aquellos países que no pertenezcan a la vez a ambas Organizaciones.

—Europa debe seguir siendo un factor decisivo en el marco de la política internacional y especialmente en la Comunidad Atlántica.

—La coordinación de la política exterior se hará por medio de un Organismo común compuesto por representantes de los seis Jefes de Gobierno con rango de Ministros. Además será necesario crear un Secretariado a cuyo frente esté una alta personalidad de la vida política internacional.

—El proceso de integración económica comenzado se ha de hacer extensivo a una zona más amplia en la que queden comprendidos Gran Bretaña y los demás países de la OEEC. Todo ello sin perjuicio de los intereses que afectan a esta Comunidad.

—Se ha de fomentar una política de favor hacia los países en desarrollo hasta llegar a equipar Europa y Africa.

—Se deben realizar elecciones generales y directas del Parlamento Europeo en apoyo de los proyectos elaborados por el Movimiento Europeo.

De este modo se establecen los presupuestos de una Comunidad Política europea que ejerza su jurisdicción en las materias expresamente a ella concedidas.

Sus órganos serán dos Cámaras; de ellas, una elegida por sufragio universal y directo. Además existirá un Gobierno estable y un Alto Tribunal que garantice las Instituciones comunes y los derechos fundamentales así de los individuos como de los grupos.

—La admisión de nuevos miembros se ha de poner en tales condiciones que facilite el acceso a todos los países que estén de acuerdo con nuestros fines y con los medios que conducen a estos fines.

—La Comunidad europea ha de ser la mejor esperanza para los pueblos sojuzgados. Ellos tendrán siempre un puesto seguro en el seno de esta Organización.

El texto de las conclusiones insiste en la necesidad de agrupar a todos los Movimientos europeos. Exhorta a los interesados a fomentar la opinión pública. En ella se cifra el futuro y la suerte de Europa.

* * *

La inspiración de estos acuerdos se debe casi exclusivamente a dos personas destacadas del Congreso: Kiesinger y Dehousse.

El Delegado alemán, actual presidente de Baden-Württemberg, ha sido muchos años miembro de la Comisión de Asuntos Exteriores de Bohn y del Consejo de Europa.

Sus experiencias en el cargo le permitieron formular el deseo que se recoge en las conclusiones.

Europa reclama hoy, con más urgencia que nunca, la coordinación de la Política Exterior.

Las naciones de Europa desaprovecharon la ocasión favorable de formar una Unión Política en la postguerra del año 1918.

El final de la segunda contienda mundial transformó notablemente la perspectiva para el Continente. Europa quedó entonces sumida en un caos que ha servido para que Rusia y América erigieran su poder y llegaran a constituirse los dos grandes Señores Titánicos del mundo.

Razones de humanitarismo filantrópico, y a la vez motivados intereses económicos, condujeron a Estados Unidos a desempeñar el papel de redentor económico del Continente.

Europa está en deuda con América por estos servicios de ayuda económica. Esta deuda se acrecienta por la necesidad de un apoyo militar que le defienda frente al bloque oriental.

No hemos de olvidar esta ayuda americana. Kiesinger dispuso en esta ocasión un sincero tributo de simpatía a los americanos. Esta acción de gracias nos recordó la expresión de gratitud que en tono oficial hemos oído no hace mucho en Frankfurt al Canciller Adenauer. Su importancia crece si se rapara en la hora en que ha sido pronunciada: la amenaza rusa a Berlín.

El escenario de Wiesbaden ofreció a Kiesinger primero y a Von Brentano después un marco apropiado para atraerse el voto de los Federalistas europeos en la cuestión palpitante de Alemania: el Caso Berlín.

La unificación de la política exterior —prosiguió Kiesinger— no pugna con este agradecimiento que acabamos de expresar. No se trata de crear un particularismo más. Ni se pretende formar un tercera fuerza entre las dos grandes potencias que dominan al mundo. Europa seguirá dependiendo, no sabemos por cuánto tiempo, de América, pero por encima de esto le corresponde un destino y una misión en el futuro.

Este destino sólo podrá realizarlo Europa si consigue la Unión que hoy queremos impulsar.

Kiesinger mencionó entonces los obstáculos que acechan a este proyecto de comunidad política. La alusión a Inglaterra no se hizo esperar.

Su juicio, sin embargo, mantuvo un tono de suave amonestación. Se limitó a hacer reflexionar a los ingleses que su suerte está asociada a la del resto del Continente.

La situación actual del mundo es, como ha dicho recientemente Jaspers, un estado que lleva consigo la supervivencia de la Humanidad misma.

Esta es la razón que impone a Europa una meta: unidad política y unidad económica. El medio para la unidad política es llegar a una política exterior común.

No pertenecemos nosotros a aquellos que ven la solución exclusivamente en la existencia de Comisiones Internacionales. Desgraciadamente estamos aún muy lejos de la madurez europea necesaria para llegar con facilidad a esos acuerdos.

La práctica enseña, además, la necesidad de una colaboración estrecha. Los manejos de desarrollo de los asuntos internacionales se desenvuelven en tres fases: la toma en consideración, el análisis y las resoluciones.

Las dificultades no sólo suelen presentarse en la tercera fase, sino en las dos primeras. Es necesaria una Comisión Técnica que lleve a cabo la ardua tarea de disponer los trabajos preparatorios y, lo que es aún más importante, la preparación del ambiente que reclama su solución posterior.

La urgencia de crear esa comisión internacional es evidente. Es necesario un lazo de unión que coordine los esfuerzos del Continente.

Europa es aún un sueño, pero en el corazón de la juventud europea anidan firmes deseos de colaboración.

* * *

La postura vanguardista y decidida del Congreso correspondió al Presidente del Consejo de Europa, Mr. Dehousse.

Su autorizada palabra y la experiencia de su actividad en los problemas europeos aumentan el valor de sus apreciaciones.

El discurso de Mr. Dehousse tiene un tono de urgencia apremiante y es a veces áspero y crudo.

Es el discurso de un decidido amante de la Unión Europea, que siente la responsabilidad de llegar pronto al sueño de un Continente Unido.

Dehousse comenzó su discurso con una visión retrospectiva de la trayectoria descrita hasta ahora en el campo de la integración.

La marcha de este proceso se presenta ante él como una línea sinuosa con variados altibajos. A los momentos de esperanza suceden horas de desaliento que parecen poner en ruina los buenos principios.

Las promesas esperanzadoras obtenidas en 1952 sufrieron el golpe de la Comunidad de Defensa Militar, que amenazó destruir el edificio comenzado.

Los éxitos logrados en Roma con la Organización del Mercado Común y el Euroatom sufren en nuestros días el azote de los últimos acontecimientos.

Todas estas idas y venidas conducen a una situación de pesimismo. El europeo de la calle llega a persuadirse de que las cosas se han empeorado últimamente.

El espectador medio que sigue la marcha de los acontecimientos se entristece al pensar en la imposibilidad de un acuerdo con Rusia.

Su preocupación se aumenta al pensar en el futuro de Berlín. Tiene sensación de fracaso cuando considera la pérdida de significación de Europa en el ámbito de los Grandes.

Cuando se han de resolver hoy los más graves problemas de nuestro Continente, ya no se viaja a París o a Bonn —ni siquiera a Londres—. Mikoyan vuela a Washington para conversar con su Gran Contrario de los asuntos de Europa.

El tema de la Zona del Comercio libre divide las opiniones de los interesados. Unos quieren ver en ella un cisma económico. Otros hablan de un aislacionismo de los Seis.

Los rusos siguen disparando al espacio nuevas raquetas interplanetarias mientras los europeos necesitan un plazo de quince años para poner en aplicación el sistema que hoy han iniciado.

La verdad es aún más dura. Hay que poner en duda la eficacia de las Instituciones europeas existentes.

El Contrato de Roma renunció a aceptar la fórmula supranacional, que ha rendido tan buenos efectos en nuestra Comunidad Europea del Carbón y el Acero. Se ha retrocedido con ello un paso y es difícil reconocer en las Instituciones mencionadas la existencia de medios aptos.

En el Contrato de la mencionada Comunidad, la competencia de las autoridades superiores constituye la regla, mientras la decisión de los representantes de los Gobiernos es la excepción. En el Contrato de Roma ocurre lo contrario.

No soy yo de los que creen que la garantía de una Organización mundial puede estar basada sólo en la existencia de una Ley o de un Contrato. Europa es una construcción *in fieri* con altibajos por los que habrá de pasar también en el futuro. Lo que importa para nosotros en este momento es reconocer sinceramente que nos encontramos en un punto bajo del que es necesario levantarse.

Las palabras del político belga no podían ser ni más crudas ni más reales. No es fácil, sin embargo, apreciar si estas afirmaciones se corresponden exactamente a los hechos o si en ellas se encierra alguna exageración.

En todo caso ellas responden a la actitud psicológica que el orador atribuye al europeo de la calle, lector asiduo de los periódicos y espectador de la publicidad en la radio, en la televisión o en el cine.

Las soluciones que propone Dehousse son de diverso orden. Unas afectan directamente a la organización de los futuros Estados Unidos de Europa en el orden político. Otras atienden a los problemas de coordinación económica.

Por lo que toca a este último punto, Dehousse participa la idea de Monnet —el padre del Comercio libre—. En definitiva, la negociación de los asuntos de este complicado sistema se ha de encomendar a una Comisión de los Seis. Con ello se crearía una base común autónoma, estable y fuerte.

Las tres corporaciones económicas existentes, incluidas el Euratom y la Comisión Económica, deben someterse a una racionalización. No es que se exija sacrificar la existencia de estos tres Organismos, sino solamente imprimirles una política común.

El proceso ha de lograrse con la Asamblea General y el Consejo de Mi-

nistros Común, a quienes corresponde la superintendencia de los demás organismos.

El proyecto más importante de Dehousse fué el de un Parlamento Común, base y eje de la futura organización política.

Meta urgente y blanco certero de los esfuerzos de los Federalistas ha de ser la Asamblea elegida por los europeos.

Europa necesita un Organismo legislativo que represente los intereses comunes del Continente. Todos los europeos deben tener derecho a votar los representantes para esa Asamblea. Los elegidos serán portavoces de la opinión común y no representantes de un Gobierno determinado.

Este proyecto trae consigo una serie de problemas de índole administrativa que se presta a las más variadas hipótesis.

¿Sufragio universal? ¿Elección directa? ¿Distribución de los electores en distritos al estilo último francés? ¿Derecho u obligación de sufragio? ¿Facultades de la Asamblea? ¿Competencia predeterminada o Institución determinante de su competencia? ¿Organismo unicameral o bicameral?

La serie de cuestiones enumeradas, y otras más que fluyen del discurso de Dehousse, le sugirieron la mención de las dificultades que el proyecto trae consigo.

Notemos, por ejemplo, las dificultades del simple problema del derecho u obligación de sufragio.

El conflicto entre las legislaciones nacionales y el nuevo sistema europeo que se introduzca surgirá necesariamente.

La infraestimación o supervaloración del sistema establecido se planteará inmediatamente. Si en Países Bajos rige el sufragio obligatorio, se consideraría de menos importancia las elecciones facultativas de la Asamblea Europea. Lo contrario ocurriría, p. ej., en Francia o en Alemania.

El discurso de Dehousse contiene dos medidas ejecutivas muy radicales: la supresión de la WEU y la fusión del Consejo de Europa y la OEEC.

Esta fusión constituye el anhelo de todos los que han experimentado las dificultades del nuevo sistema económico de los Seis.

La supresión de la WEU se funda en el hecho de haber cesado la razón de su existencia. Ni la supervisión del Estatuto del Sarre ni el control del rearme es ya un problema que la exija. El Consejo de Europa y la Nato satisfacen suficientemente esa exigencia.

Dehousse exhortó vivamente a los reunidos al fomento de la opinión pública integracionista. En un esfuerzo por atraerse la atención de los oyentes adujo el testimonio de una revista inglesa abiertamente ofensivo a la idea de la integración continental.

Dehousse refirió el proyecto de un futuro Gobierno de Europa contenido en el mencionado artículo. El Gabinete tendría, entre otras, las siguientes personalidades; Primer Ministro, Sr. Nikita Chruschtschhoff; Asuntos Exteriores, Mr. Adlai Stevenson; Defensa, Mr. De Gaulle; Economía, Herr Erhard; Comunicaciones, Herr Konrad Adenauer.

El ridículo que representa imaginarse a Europa gobernada por Rusia valiéndose de los elementos europeos aprovechables, no pasa de ser una broma de mal gusto. Hay que fomentar en nuestros países la idea de la integración, el papel que nuestro Continente está llamado a desempeñar y evitar, por tanto, los abusos de una Prensa que ridiculice y ofenda a los intereses comunes.

Dehousse terminó su discurso manifestando su preocupación por el tiempo que se necesita para llegar a la Comunidad pretendida.

Europa ha producido en los últimos tiempos un gran milagro. Para los hombres de nuestra generación milagro es el acercamiento germano-francés. Hace quince años hubiera sido un puro sueño. Este sueño se ha convertido en realidad gracias al impulso de un motor: la idea de Europa.

Esta misma idea es la que debe conducirnos a otro milagro: la Comunidad Política Europea.

* * *

No nos atrevemos a pronunciar sentencia sobre la exactitud u oportunidad de las medidas propuestas. Al tiempo corresponde confirmar con su juicio inexorable la verdad o el error que en ellas se encierra.

Poco menos de quince días después del Congreso tenía lugar en Estrasburgo la primera reunión de las dos grandes Corporaciones europeas. Ignoramos si este importante encuentro es el primer fruto de Wiesbaden.

La buena fe que animó a los Federalistas europeos es patente. La misión de Europa en el mundo es una exigencia apremiante a que no cabe renunciar so pena de sucumbir en insospechables esclavitudes.

Los europeos están de acuerdo en oponer un frente militar común al comunismo. Esta unión no satisface con todo sus deseos integracionistas.

Los lazos de la Economía tampoco han logrado formar una Liga consistente. La Unión política pretende ahora llevar a término la idea soñada de los Estados Unidos de Europa.

No quisiéramos infundir una nota de pesimismo a estos noble intentos de coordinación política. Tampoco quisiéramos desaprovechar la ocasión de apuntar además hacia metas más altas y eficaces.

El desconocimiento, al menos expreso, de valores eternos supremos, base y fundamento de una auténtica y duradera Liga europea, deja un fondo de escepticismo al observador objetivo de la reunión de Wiesbaden.

Frankfurt a/M., febrero 1959.

ALFREDO ALVAREZ, S. J.